

viva ó en tener los ojos de la fé claros, como dice el Apóstol. Se deleitarán en ejercitarse en la meditacion de los misterios de la fé y profundizar todo lo posible esa ciencia divina acordándose de que el Salvador del mundo enseña por S. Juan que en ella consiste la vida eterna, es decir, la felicidad del hombre, que comienza en esta vida y se perfecciona en la otra; y que S. Pablo en consideracion de esa luz divina desecha todo lo que tiene alguna apariencia de deleite, hermosura ó grandeza en este mundo. Dirán muchas veces con los santos apóstoles: Señor, aumenta en nosotros la fé; especialmente cuando en alguna ocasion se necesite de un entendimiento iluminado y de una luz mas que ordinaria, segun dice elegantemente el Crisóstomo explicando el título del salmo XLIV, donde David significa que es un cántico que ha menester de entendimiento (1).

VI. Ultimamente procurarán apoyar con tanta firmeza su fé en Jesucristo como el único fundamento de toda recta creencia, que nada pueda conmovérlo, ni las tentaciones, ni los asaltos, ni los sucesos desastrados, ni las adversidades, ni las persecuciones, ni todos los esfuerzos de los enemigos visibles ó invisibles. Aunque soplen con violencia los vientos de las calumnias, aunque se hinchen desmedidamente los torrentes de las amarguras interiores, aunque las borrascas de desconfianza, de oscuridad y de temor amenacen destruirlo todo, ellos se mantendrán siempre firmes, porque estan sentados sobre la piedra y se apoyan en la verdad certísima y en la palabra indefectible de aquel que no puede engañarse.

(1) Véase la adición de la puesta al fin del tomo en la nominada M. J. de Blemur, que va ta H.

§. IV.—De su singular confianza y cómo debe ser imitada de todos.

*La confianza de la Virgen fué muy elevada.*

I. La esperanza ó la confianza, en la que S. Agustin despues de S. Pablo pone la felicidad de esta vida (1), fué muy elevada, firme y fiel en la Virgen santísima. Digo muy elevada, porque si de alguna criatura ha podido verificarse lo que decia David: Muy alto has puesto tu refugio; es de la madre de Dios. Con efecto si la alteza de la esperanza depende de la solidez de la fé, acabamos de ver que nunca hubo una fé igual á la suya. Si la confianza sube á la par del conocimiento que tenemos de la fidelidad de Dios; ¿en quién fué mas claro ó excelente que en ella? Si á proporcion que un corazon está mas desasido de todos los afectos terrenos, se eleva con mas gusto y se une directamente á su bien sumo; ¿qué corazon hubo nunca mas libre y puro que el suyo? Si cuando una alma desconfia enteramente de sí y se abisma mas en la consideracion de su nada, está mejor dispuesta á fiarse de Dios y echarse en brazos de su amorosa providencia; ¿quién tuvo mas conocimiento de sí y desconfió mas de sus fuerzas que la madre de humildad? Si S. Juan dice con razon que si nuestro corazon no nos reprende, tenemos confianza delante de Dios (2); ¿en quién se cumplirá mejor esto que en la Virgen bienaventurada, á la cual nunca reprendió nada su corazon? En fin si cuanto mas pura es la esperanza, mas alto sube; ¿qué confianza podrá igualar en pureza á la de la hija, madre y esposa de Dios?

(1) De civit. Dei, l. 19, c. 4. (2) Epist. I, cap. III.

*Fué muy firme.*

II. Además fué muy firme, porque desde que se unió á Dios, ninguna cosa pudo separarla ya de él. Veamos cómo se porta en algunas críticas circunstancias. Si el cielo la manda que se case, ella consiente al punto no obstante el firme propósito que tiene de guardar su virginidad, estando cierta de que el Señor no permitirá que José haga otro papel que el de guardian de su castidad. Si José forma en su interior la resolución de repudiarla ocultamente, tampoco se acongoja, porque cree firmemente que Dios no abandonará su obra. Si parece que su hijo la trata con aspereza en las bodas de Caná y rechaza su petición, no por eso deja de informar á los criados de la casa de lo que tienen que hacer, y los prepara para el milagro que no duda va á obrarse. En una palabra si la esperanza de los otros muere con su hijo, la suya vive entre las sombras de la muerte, y ya columbra ella al Salvador glorioso y todos sus enemigos puestos á sus pies.

*Fué muy fiel.*

III. Fué muy fiel, porque descansó en su Dios, de manera que no omitió nunca nada de cuanto pudo hacer por su parte. Si el ángel le habla de la encarnación del Verbo, ella le propone sus dificultades con todo respeto y no da su consentimiento hasta estar bastante ilustrada. Si ve á su esposo acongojado, se echa en los brazos de Dios con entera tranquilidad: sin embargo cuida mucho de no dar motivo alguno á la desconfianza ó la sospecha. Si tiene que ir á Bethlehem en el último mes de su preñez, marcha sin contradicción; llero provista de lo necesario para atender al niño que peva en sus entrañas. La misma conducta observa el

resto de su vida, y confía tanto en la divina providencia como si de nada valiera lo que hace, y pone en todo tanta diligencia como si el buen éxito dependiera solo de sus desvelos (1).

IV. Aquí es donde los hijos queridos de la Virgen procuran imitar el vuelo de su buena madre y remontarse sobre todas las cosas criadas para fijar su esperanza en el sumo bien. Aquí es donde después de una larga experiencia de la fidelidad de Dios dicen con S. Pablo: «Ahora conozco en quién me he fiado, y sé muy bien que el depósito de mi corazón está seguro entre sus manos.» Aquí es donde después de haber considerado maduramente la dicha de todos aquellos que no han querido otro apoyo que Dios, dicen con David que los que le conocen, ponen confiadamente su esperanza en él, porque no será confundido ninguno de los que lo hacen. Aquí es donde protestan una y mil veces que se quieren entregar enteramente á la conducta de Dios y abismarse en el seno de su amorosa providencia. Aquí es donde se derretirían gustosos en sentimientos de gratitud para dar gracias al Salvador del mundo que les ha abierto la puerta de tan profunda confianza, y para ofrecerle todos los frutos que han cogido y cogen diariamente de ella.

V. Pasan mas adelante y trabajan por confortar su confianza de suerte que esté á prueba de todas las ocasiones peligrosas. Con ese broquel se cubren para atravesar por medio de sus enemigos. En esa áncora se afirman para resistir á las borrascas y temporales. De ese cordial se valen contra los desmayos y flaquezas. A ese castillo se guarecen cuando mas estrechados se ven,

(1) Véase al fin del tomo la Blemur, que va en la nota I. adición de la madre M. J. de

y desde ahí se burlan de las amenazas y embestidas de los espíritus malignos. ¿Qué más diré? La confianza enseñoreándose de sus almas ahuyenta todo temor, de manera que Jesús sentado en medio del corazón calma los vientos de los vanos temores, apacigua los apetitos desordenados, sosiega las tentaciones y dispone el espíritu para recibirlo todo de la mano de Dios; de donde se sigue una paz y tranquilidad inalterable.

VI. Pero no es una paz inútil y una vida vergonzosamente ociosa; al contrario la misma confianza en Dios, de donde nace esa paz profunda, ocupa todas las potencias del alma y todo lo mantiene en orden. La paz y la guerra los tienen igualmente vigilantes, y así como el tiempo de la turbación los hace recurrir á Dios y poner manos á la obra de todas veras, del mismo modo la bonanza los hace temer las sorpresas y á no tenerse por seguros mientras estén rodeados de sus enemigos. Así en todo tiempo rinden á Dios el homenaje de sus desvelos y diligencias como si todo dependiera de ahí; son tan puntuales en las cosas grandes como en las pequeñas; y no omiten nada de lo que puede obligar á Dios á socorrerlos, aunque no confían de modo alguno en lo que ponen de su parte, sino solo en la fidelidad del amante corazón del Señor y en el auxilio que esperan de arriba (1).

§. V.—De su excelente caridad y cómo ha de ser imitada por todos.

I. Lo que he dicho en otro lugar de la gracia de la Virgen y de su amor de tres grados (2), puede bastar para

(1) Véase la adición de la madre M. J. de Blemur, puesta al fin del tomo en la nota J.

(2) Trat. 4, c. 7, y cap. 8, §. 3.

darnos á conocer hasta dónde llegaron las ansias de su santa alma. Por ahora no diré más sino que su casto pecho fué una fortaleza de santidad, y la bandera de esta un corazón todo ardiendo con este lema: Mi amado está todo en mí, y yo estoy toda en él. Y á la verdad ¿por qué no había de ser ella toda de él, cuando él se dignó de ser todo de ella? Figurémonos lo que queramos: después del amor sustancial que une entre sí á las personas divinas, y del que la persona divina tiene á la sagrada humanidad, á quien se unió en un mismo supuesto, no hallaremos otro igual al que Dios tuvo á la Virgen, á la cual amó tierna, noble y ardientemente. La amó tiernamente, en cuanto la eligió por objeto de su cariño y de sus finezas, para tener con ella sabrosas pláticas, para gustar de las delicias más puras y las satisfacciones más dulces, y porque se comunicó más particularmente á ella que á nadie y le inundó el corazón de dulcedumbres inefables. La amó noblemente, por cuanto le abrió todos sus tesoros, la enriqueció con todo género de bienes y la constituyó señora de todos sus estados. La amó ardientemente, porque para tenerla enteramente para sí le dió su hijo no obstante todas las consideraciones de congruencia, á lo menos según nuestro modo de comprender.

*La caridad de la Virgen fué muy tierna, noble y ardiente.*

II. ¿Qué tiene pues de extraño que el amor de la Virgen participase de las mismas condiciones y fuese el más tierno, noble y ardiente que ha existido jamás en ninguna simple criatura? Tierno en su trato familiar con Dios y en el goce de las inocentes caricias que recibió de su querido hijo, en sus coloquios amorosos, en sus abrazos, en sus éxtasis, en sus designios y en su unión con el divino esposo. Noble en el desprecio de todas las

cosas criadas hasta aborrecerse á sí misma: noble en la traslacion voluntaria que hizo del derecho á que podia aspirar sobre las potencias de su alma y los afectos de su corazon; y noble en que se conformó con todos los decretos de Dios y con la mas leve señal de su voluntad. Ardiente en el deseo de los trabajos, tribulaciones y adversidades, en buscar las ocasiones de agradar á su amado, en anhelar por su compañía y en despreciar todo lo que podia impedirla de transformarse enteramente en él (1).

III. Digo á ejemplo de la madre de amor, porque ¿á qué otra escuela querriamos enviar sus amados hijos? ¿Y quién podrian encontrar que les inspirase mas suave y eficazmente el amor tierno que ella, cuyo corazon fué un verdadero horno de amor tierno y dulce? Aprendan de ella á tomar gusto á la consideracion de las grandezas de Dios y de las perfecciones que le hacen infinitamente amable. Aprendan de ella á saborear los inefables contentamientos que ha reservado el amante eterno para las almas desapegadas de los vanos deleites de la tierra. Aprendan de ella á fijar su mansion principal en el costado del Salvador, á chupar la sangre que mana de sus sacratísimas llagas, á hacerle compañía en el desierto, en los lugares y ciudades, á visitarle en el pesebre, á llevarle á Egipto, á seguirle de aldea en aldea, á estar á su lado en el Calvario, á considerar sus milagros, á imitar sus ejemplos, á aprovecharse de su doctrina, á morir á sí mismo como él y á resucitar y subir al cielo con él. Aprendan de ella á derretirse en lágrimas de dulzura viendo la gloria que Dios recibe de sus criaturas en todas las partes del mundo, en oriente

(1) Véase la adición de la que va puesta al fin del tomo en madre María Jacoba de Blemur, la nota K.

y occidente, en el septentrion y el mediodia, y mucho mas aun contemplando la que se le da en el cielo, é infinitamente mas admirando la que tiene en sí, de sí y por sí en toda la serie de los siglos.

IV. Esto no obstante juzgan no haber hecho nada si su amor no es todo noble y regio á imitacion del de María. Se figuran que serán siempre niños, hasta que con S. Francisco de Sales se hayan sacrificado para siempre al amor puro y santo. Dicen paladinamente con él que no desean ya vivir mas que en Dios, ni trabajar mas que en Dios, ni regocijarse mas que en Dios. Con él no quieren ya ser de nadie, ni que nadie sea de ellos, sino en Dios y para Dios solo. Con él estan contentos de que se les saque el corazon ó que no quede en él nada que no sea para el santo amor. Con él protestan que si conocieran habia en ellos un hilito de amor que no fuese á Dios ó de Dios, no se fijarian en él ni un instante. Todo lo que no es Dios ó no los lleva en derechura á él, les parece tan vil y bajo, que ni siquiera se dignan de mirarlo. Nada del mundo les da contento sino lo que los conduce al amor puro, y nada los contrista sino lo que los impide de llegar á él.

V. No nos figuremos sin embargo que paran ahí. Mientras sepan que la reina de caridad pasó mas allá, en vano se les objetarán dificultades: ellos forzarán cuanto se les ponga por delante, para llegar al amor ardiente, como que saben que solo vive y se mantiene entre dificultades y obstáculos. Sus rosas son las espinas; sus gustos son los disgustos; sus gozos son las tristezas; sus satisfacciones son los sinsabores; sus dulzuras son las amargas; sus consuelos son los desconsuelos; sus riquezas son la pobreza; sus honores son los desprecios; su fortaleza es el desamparo. Por muchas contradicciones que encuentren, aun desean mas, porque siendo infinito su objeto, sienten ansias en algun modo in-

finitas, que los hacen tan sedientos de padecer, que nada puede hartarlos.

§. VI.—De su singular devoción y cómo debe ser imitada de todos.

*La devoción de la Virgen fué muy eminente.*

I. La devoción, que según S. Ambrosio (1) es el fundamento de las virtudes morales y el camino del alma á Dios, fué en la virgen María muy eminente y abstraída. Fué muy eminente, por cuanto María era el águila mística, que con las alas de su contemplación se remontó sobre todas las criaturas y con sus ojos clarísimos sufrió los rayos del sol de justicia. Fué muy eminente, porque la Virgen no careció de los auxilios que pueden conducir la devoción hasta el mas alto punto, pues estuvo dotada de un entendimiento sumamente perspicaz, de una voluntad inclinada á todo bien y de una memoria felicísima; fué prevenida con una gracia excelente, que colmó por medio de continuos ejercicios de santidad; tuvo perfectísimo conocimiento de sí, de Dios y de todos los misterios de nuestra redención; pasó una buena parte de su vida en compañía del Verbo encarnado; tuvo singularísimamente por maestro á su esposo el Espíritu Santo; recibió en muy alto grado los dones de sabiduría, de ciencia, de entendimiento y de consejo, las cuatro ruedas que llevan el alma al conocimiento de las verdades mas sublimes y mas distantes de nuestros sentidos. Fué muy eminente, porque María no tuvo ninguno de esos impedimentos ordinarios que hacen tan cruda guerra á nuestra devoción. Ella no estuvo privada jamás del uso de la razón, como nos sucede á nosotros

(1) Lib. 4 de Abraham.

en cierta edad en que casi nos asemejamos á los brutos. El cuerpo que se corrompe y entorpece el alma, no le puso nunca dificultad. Las pasiones del apetito sensitivo que nosotros sentimos hervir en afectos desordenados, y que turban la tranquilidad del espíritu y la paz de la oración, fueron en ella mas dóciles y mansas que unos corderillos. La imaginación que santa Teresa de Jesús llamaba la locura del alma, nunca se desordenó, ni la atormentó, porque estuvo en todo y por todo sujeta y obediente á la razón. La ignorancia no existió en su entendimiento, ni la veleidad ó inconstancia en su voluntad. En fin el pecado, que es el muro de división que levantamos entre Dios y nosotros, no se atrevió jamás á llegarse á ella. ¿Quién extrañará que siendo tal excediese á los querubines en conocimiento y á los serafines en amor (1)?

*La devoción de la Virgen fué muy recogida.*

II. Fué muy recogida viviendo continuamente en la presencia del cielo y la mayor parte de su vida en la presencia del Verbo encarnado. Fué muy recogida en todas las cosas guardando cuidadosamente sus sentidos exteriores, sus palabras, su porté y toda su conducta. Fué muy puntual en no hacer cosa alguna que pudiera ofender en nada los ojos de Dios, sabiendo muy bien que la devoción es la perla del Evangelio, por la cual es preciso dejarlo todo: que es el bálsamo precioso que se evapora en cuanto le da el aire: que es el pozo profundo, de donde no pueden sacarse sin trabajo las aguas misteriosas de las celestiales dulcedumbres: que es la

(1) Véase la adición de la que va puesta al fin del tomo en madre María Jacoba de Blemur, la nota L.

paz del alma, la cual no puede adquirirse mas que por el vencimiento de los enemigos: en fin que basta una risa desordenada, una palabra supérflua, una mirada indiscreta, una pregunta curiosa, una vanidad, un movimiento de impaciencia ó precipitacion, una muestra de inconstancia para agotar en todo ó en parte la gracia en la devocion. Ella se apartaba cuanto podia de la compañía no necesaria de los hombres para gozar de la de los patriarcas, de los profetas, de los ángeles y de Dios. Y aunque no ignoraba las gracias con que habia sido prevenida, y la proteccion especial del cielo que apartaba de ella todo lo que hubiera turbado algun tanto la tranquilidad de su espíritu, no obstante vivia (¡oh ejemplo admirable!) con tanto recato y circunspeccion, como si la conservacion de su devocion no hubiese dependido mas que de ella sola y de su vigilancia.

III. A imitacion de la madre de Dios sus fieles siervos aspiran siempre á la devocion mas eminente que se puede adquirir. Con este loable propósito se ejercitan lo mas que pueden en la oracion y en la consideracion de las cosas celestiales, se dan á la leccion de los buenos libros, oyen la palabra de Dios, frecuentan los santos sacramentos y procuran que ninguna obra de estas se haga por costumbre y que no éntre en sus corazones la tibieza, enemiga capital de la devocion. Con el mismo propósito se esfuerzan á adquirir por diligencia lo que no han tenido por naturaleza ó no han merecido alcanzar por una gracia especial: reciben con aprecio las luces que les son enviadas del cielo para purificar su entendimiento; adornan su voluntad de santos hábitos: llenan su memoria de buenos pensamientos: se hacen diligentes para lucrar las gracias recibidas: acechan todas las ocasiones de tratar y conversar con Dios: procuran hacerse dóciles á las mociones del Espíritu Santo para que se encargue de su conducta: refrenan con

austeridades la rebeldía de la carne: mortifican sus depravados apetitos: amansan poco á poco la imaginacion sujetándola á la razon: combaten la ignorancia con el estudio de las sagradas letras; y declaran una guerra irreconciliable al pecado y á la imperfeccion. Ve ahí los grados por donde suben á una devocion eminente.

IV. Además podria subir hasta el tercer cielo con S. Pablo é igualar á la de los ángeles: si no es pura, ellos no tienen motivo de reputarse por verdaderos imitadores de la madre de Dios. Con efecto si su devocion no es mas que la flor del amor y la llama del fuego de caridad, segun han juzgado algunos, ¿cómo puede ser devocion si no es pura, pues que la pureza es una de las partes principales del amor perfecto? Si como dicen otros, es mas bien el vigor y la sal de la religion; ¿cómo puede subsistir sin pureza? Porque la religion no es un tráfico de contentamiento, ni el torpe anhelo de la satisfaccion propia. Seria envilecer desmedidamente esa virtud divina el querer emplearla en las vanidades ó en los intereses particulares. Los que la poseen, tienen otros sentimientos y aspiran á otra cosa. Sirven á Dios por Dios y no por ninguno de sus bienes, y en la práctica de la devocion no piden otro gusto que el de solo Dios. El consuelo y el desconsuelo es para ellos una misma cosa, y no hallan menos su descanso en la sequedad que en la abundancia, pues que ambos estados los llevan igualmente á Dios. El próspero suceso de sus ejercicios ordinarios no los engríe, asi como tampoco los abate el adverso, y para ser fieles á Dios creen que les es necesario recibir con una misma mano todo lo que les viene de su parte.

V. Sin embargo esta indiferencia de los resultados no los hace despreciar los medios; al contrario nunca estan mas vigilantes, ni mas recogidos que cuando se hallan mas agitados. En la lóbrega noche de su oscuri-

dad y en sus desamparos interiores se acuerdan de Jesucristo, el cual en su agonía redoblaba su diligencia acostumbrada y oraba mas prolija y fervorosamente que en otras ocasiones. Se acuerdan de lo que dice san Bernardo: que muchos se quejan de la devocion, cuando la devocion tendria que quejarse de ellos, porque solo la practican por el bien parecer y por ceremonia. Cuando todo les sale á medida del paladar, todo son fervor y fuego; pero al primer revés caen en tierra mas frios que el hielo. Les falta el valor y la resolucion: no tienen manos para obrar, ni pies para andar, ni lengua para hablar, ni corazon para querer. ¡Oh cuán distantes estan de la verdadera devocion y de las disposiciones que tenia la madre de Dios!

§. VII.—De su generosa humildad y cómo debe ser imitada por todos.

*La humildad de la Virgen fué muy profunda y animosa.*

I. La humildad, que es segun S. Cipriano (1) la introduccion á la vida devota, el apoyo de las otras virtudes y la confianza del alma deseosa de agradar á Dios, fué en la Virgen muy profunda, animosa y reconocida. Fué muy profunda en la estimacion que hizo de si, no reconociendo en lo que le pertenecia de suyo, mas que inclinacion al mal, miseria, bajeza, nada. Eso y no otra cosa quiso significar segun doctos intérpretes (2) cuando protestó en su cántico que Dios habia atendido á la bajeza de su sierva y que el Omnipotente habia obrado en ella grandes cosas. Fué muy profunda, porque su corazon no se desconoció por ningunas gracias

(1) Orat. de nativ. Christi. sen., Maldon., in cap. II Lucæ.

(2) Teofilact., Eutim., Jan-

que recibiera, ni por ninguna excelencia á que se viera ensalzada. Fué muy profunda en el desprecio de las alabanzas de los hombres y no menos en la turbacion que se apoderó de su espíritu cuando el ángel la saludó llena de gracia y añadió: *El Señor es contigo; bendita eres entre las mujeres*. Fué muy profunda en ocultar las mercedes que recibió del cielo, aun á los que podian saberlas por otro lado y hasta á su digno esposo, cuya fidelidad, prudencia é integridad le eran enteramente conocidas, y cuando podia parecer que estuviese obligada para salvar su honor y tranquilizar á aquel santo varón. Fué muy profunda en anticiparse á visitar á su prima; en lo cual, dice S. Buenaventura, se mostró sierva fiel y muy diferente de Agar, que despreció á su señora asi que tuvo un hijo. Fué muy profunda en sufrir la confusion y la contradiccion, atento á que todas las calumnias esparcidas contra su hijo y todas las injurias que recibia este, recaian sobre ella y le traspasaban el corazon de parte á parte sin hacer ella ninguna demostracion. Fué muy profunda en su conversacion, la cual dió siempre fiel testimonio de la humildad que moraba en su alma. Fué muy profunda en su silencio, en elegir el último lugar y el empleo mas bajo, en su trato con las personas de humilde esfera, en una palabra en todo lo que puede descubrir una alma enteramente anonadada delante de Dios.

II. Con todo no impidió esto que su humildad fuese muy animosa, porque aunque se reputara del todo indigna de las gracias mas pequeñas del cielo, no dejaba de aceptar las de mas entidad cuando le eran presentadas y veia en ellas la mayor gloria de Dios. Así es cierto que no hay nada mas generoso que la verdadera humildad, la cual desconfiando enteramente de si misma se funda y apoya en Dios como en una piedra firmisima.